

Alfonso Reyes

La
cena
y otras historias



Este libro es una antología que reúne la mayor parte de la obra de ficción de Alfonso Reyes quien imaginaba hermosas e inquietantes historias —situadas en una dimensión que inventó en su juventud— y sabía contarlas de tal manera que producen en el lector un deslumbramiento como el que tan bien expresó Julio Torri:

«Tu “Juan Peña” es precioso. ¡Cómo sabes sacar partido de cualquier cosa y hacerla interesante y bella! Estás maduro para las Memorias. Si te resuelves a escribirlas no seas del todo veraz; no prescindas de tu imaginación...».

La cena

La cena, que recrea y enamora.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

TUVE que correr a través de calles desconocidas. El término de mi marcha parecía correr delante de mis pasos, y la hora de la cita palpitaba ya en los relojes públicos. Las calles estaban solas. Serpientes de focos eléctricos bailaban delante de mis ojos. A cada instante surgían glorietas circulares, sembrados arriates, cuya verdura, a la luz artificial de la noche, cobraba una elegancia irreal. Creo haber visto multitud de torres —no sé si en las casas, si en las glorietas— que ostentaban a los cuatro vientos, por una iluminación interior, cuatro redondas esferas de reloj.

Yo corría, azuzado por un sentimiento supersticioso de la hora. Si las nueve campanadas, me dije, me sorprenden sin tener la mano sobre la aldaba de la puerta, algo funesto acontecerá. Y corría frenéticamente, mientras recordaba haber corrido a igual hora por aquel sitio y con un anhelo semejante. ¿Cuándo?

Al fin los deleites de aquella falsa recordación me absorbieron de manera que volví a mi paso normal sin darme cuenta. De cuando en cuando, desde las intermitencias de mi meditación, veía que me hallaba en otro sitio, y que se desarrollaban ante mí nuevas perspectivas de focos, de placetas sembradas, de relojes iluminados... No sé cuánto

tiempo transcurrió, en tanto que yo dormía en el mareo de mi respiración agitada.

De pronto, nueve campanadas sonoras resbalaron con metálico frío sobre mi epidermis. Mis ojos, en la última esperanza, cayeron sobre la puerta más cercana: aquél era el término.

Entonces, para disponer mi ánimo, retrocedí hacia los motivos de mi presencia en aquel lugar. Por la mañana, el correo me había llevado una esquila breve y sugestiva. En el ángulo del papel se leían, manuscritas, las señas de una casa. La fecha era del día anterior. La carta decía solamente:

«Doña Magdalena y su hija Amalia esperan a usted a cenar mañana, a las nueve de la noche. ¡Ah, si no faltara!...».

Ni una letra más.

Yo siempre consiento en las experiencias de lo imprevisto. El caso, además, ofrecía singular atractivo: el tono, familiar y respetuoso a la vez, con que el anónimo designaba a aquellas señoras desconocidas; la ponderación: «¡Ah, si no faltara!...», tan vaga y tan sentimental, que parecía suspendida sobre un abismo de confesiones, todo contribuyó a decidirme. Y acudí, con el ansia de una emoción inefable. Cuando, a veces, en mis pesadillas, evoco aquella noche fantástica (cuya fantasía está hecha de cosas cotidianas y cuyo equívoco misterio crece sobre la humilde raíz de lo posible), pareceme jadedar a través de avenidas de relojes y torreones, solemnes como esfinges en la calzada de algún templo egipcio.

La puerta se abrió. Yo estaba vuelto a la calle y vi, de súbito, caer sobre el suelo un cuadro de luz que arrojaba, junto a mi sombra, la sombra de una mujer desconocida.

Volvíme: con la luz por la espalda y sobre mis ojos deslumbrados, aquella mujer no era para mí más que una silueta, donde mi imaginación pudo pintar varios ensayos de fisonomía, sin que ninguno correspondiera al contorno, en tanto que balbuceaba yo algunos saludos y explicaciones.

—Pase usted, Alfonso.

Y pasé, asombrado de oírme llamar como en mi casa. Fue una decepción el vestíbulo. Sobre las palabras románticas de la esquila (a mí, al menos, me parecían románticas), había yo fundado la esperanza de encontrarme con una antigua casa, llena de tapices, de viejos retratos y de grandes sillones; una antigua casa sin estilo, pero llena de respetabilidad. A cambio de esto, me encontré con un vestíbulo diminuto y con una escalerilla frágil, sin elegancia; lo cual más bien prometía dimensiones modernas y estrechas en el resto de la casa. El piso era de madera encerada; los raros muebles tenían aquel lujo frío de las cosas de Nueva York, y en el muro, tapizado de verde claro, gesticulaban, como imperdonable signo de trivialidad, dos o tres máscaras japonesas. Hasta llegué a dudar... Pero alcé la vista y quedé tranquilo: ante mí, vestida de negro, esbelta, digna, la mujer que acudió a introducirme me señalaba la puerta del salón. Su silueta se había colorado ya de facciones; su cara me habría resultado insignificante, a no ser por una expresión marcada de piedad; sus cabellos castaños, algo flojos en el peinado, acabaron de precipitar una extraña convicción en mi mente: todo aquel ser me pareció plegarse y formarse a las sugerencias de un nombre.

—¿Amalia? —pregunté.

—Sí. —Y me pareció que yo mismo me contestaba.

El salón, como lo había imaginado, era pequeño. Mas el decorado, respondiendo a mis anhelos, chocaba notoriamente con el del vestíbulo. Allí estaban los tapices y las grandes sillas respetables, la piel de oso al suelo, el espejo, la chimenea, los jarrones; el piano de candeleros lleno de fotografías y estatuillas —el piano en que nadie toca—, y, junto al estrado principal, el caballete con un retrato amplificado y manifiestamente alterado: el de un señor de barba partida y boca grosera.

Doña Magdalena, que ya me esperaba instalada en un sillón rojo, vestía también de negro y llevaba al pecho una

de aquellas joyas gruesísimas de nuestros padres: una bola de vidrio con un retrato interior, ceñida por un anillo de oro. El misterio del parecido familiar se apoderó de mí. Mis ojos iban, inconscientemente, de doña Magdalena a Amalia, y del retrato a Amalia. Doña Magdalena, que lo notó, ayudó mis investigaciones con alguna exégesis oportuna.

Lo más adecuado hubiera sido sentirme incómodo, manifestarme sorprendido, provocar una explicación. Pero doña Magdalena y su hija Amalia me hipnotizaron, desde los primeros instantes, con sus miradas paralelas. Doña Magdalena era una mujer de sesenta años; así es que consintió en dejar a su hija los cuidados de la iniciación. Amalia charlaba; doña Magdalena me miraba; yo estaba entregado a mi ventura.

A la madre tocó —es de rigor— recordarnos que era ya tiempo de cenar. En el comedor la charla se hizo más general y corriente. Yo acabé por convencerme de que aquellas señoras no habían querido más que convidarme a cenar, y a la segunda copa de Chablis me sentí sumido en un perfecto egoísmo del cuerpo lleno de generosidades espirituales. Charlé, reí y desarrollé todo mi ingenio, tratando interiormente de disimularme la irregularidad de mi situación. Hasta aquel instante las señoras habían procurado parecerme simpáticas; desde entonces sentí que había comenzado yo mismo a serles agradable.

El aire piadoso de la cara de Amalia se propagaba, por momentos, a la cara de la madre. La satisfacción, enteramente fisiológica, del rostro de doña Magdalena descendía, a veces, al de su hija. Parecía que estos dos motivos flotasen en el ambiente, volando de una cara a la otra.

Nunca sospeché los agrados de aquella conversación. Aunque ella sugería, vagamente, no sé qué evocaciones de Sudermann, con frecuentes rondas al difícil campo de las responsabilidades domésticas y —como era natural en mujeres de espíritu fuerte— súbitos relámpagos ibsenianos, yo me sentía tan a mi gusto como en casa de alguna tía viuda

y junto a alguna prima, amiga de la infancia, que ha comenzado a ser solterona.

Al principio, la conversación giró toda sobre cuestiones comerciales, económicas, en que las dos mujeres parecían complacerse. No hay asunto mejor que éste cuando se nos invita a la mesa en alguna casa donde no somos de confianza.

Después, las cosas siguieron de otro modo. Todas las frases comenzaron a volar como en redor de alguna lejana petición. Todas tendían a un término que yo mismo no sospechaba. En el rostro de Amalia apareció, al fin, una sonrisa aguda, inquietante. Comenzó visiblemente a combatir contra alguna interna tentación. Su boca palpitaba, a veces, con el ansia de las palabras, y acababa siempre por suspirar. Sus ojos se dilataban de pronto, fijándose con tal expresión de espanto o abandono en la pared que quedaba a mis espaldas, que más de una vez, asombrado, volví el rostro yo mismo. Pero Amalia no parecía consciente del daño que me ocasionaba. Continuaba con sus sonrisas, sus asombros y sus suspiros, en tanto que yo me estremecía cada vez que sus ojos miraban por sobre mi cabeza.

Al fin, se entabló, entre Amalia y doña Magdalena, un verdadero coloquio de suspiros. Yo estaba ya desazonado. Hacia el centro de la mesa, y, por cierto, tan baja que era una constante incomodidad, colgaba la lámpara de dos luces. Y sobre los muros se proyectaban las sombras desteñidas de las dos mujeres, en tal forma que no era posible fijar la correspondencia de las sombras con las personas. Me invadió una intensa depresión, y un principio de aburrimiento se fue apoderando de mí. De lo que vino a sacarme esta invitación insospechada:

—Vamos al jardín.

Esta nueva perspectiva me hizo recobrar mis espíritus. Condujéronme a través de un cuarto cuyo aseo y sobriedad hacía pensar en los hospitales. En la oscuridad de la noche

pude adivinar un jardincillo breve y artificial, como el de un camposanto.

Nos sentamos bajo el emparrado. Las señoras comenzaron a decirme los nombres de las flores que yo no veía, dándose el cruel deleite de interrogarme después sobre sus recientes enseñanzas. Mi imaginación, destemplada por una experiencia tan larga de excentricidades, no hallaba reposo. Apenas me dejaba escuchar y casi no me permitía contestar. Las señoras sonreían ya (yo lo adivinaba) con pleno conocimiento de mi estado. Comencé a confundir sus palabras con mi fantasía. Sus explicaciones botánicas, hoy que las recuerdo, me parecen monstruosas como un delirio: creo haberles oído hablar de flores que muerden y de flores que besan; de tallos que se arrancan a su raíz y os trepan, como serpientes, hasta el cuello.

La oscuridad, el cansancio, la cena, el Chablis, la conversación misteriosa sobre flores que yo no veía (y aun creo que no las había en aquel raquítico jardín), todo me fue convidando al sueño; y me quedé dormido sobre el banco, bajo el emparrado.

—¡Pobre capitán! —oí decir cuando abrí los ojos—. Lleno de ilusiones marchó a Europa. Para él se apagó la luz.

En mi alrededor reinaba la misma oscuridad. Un viente-cillo tibio hacía vibrar el emparrado. Doña Magdalena y Amalia conversaban junto a mí, resignadas a tolerar mi mutismo. Me pareció que habían trocado los asientos durante mi breve sueño; eso me pareció...

—Era capitán de Artillería —me dijo Amalia—; joven y apuesto si los hay.

Su voz temblaba.

Y en aquel punto sucedió algo que en otras circunstancias me habría parecido natural, pero que entonces me sobresaltó y trajo a mis labios mi corazón. Las señoras, hasta entonces, sólo me habían sido perceptibles por el rumor de

su charla y de su presencia. En aquel instante alguien abrió una ventana en la casa, y la luz vino a caer, inesperada, sobre los rostros de las mujeres. Y —¡oh cielos!— los vi iluminarse de pronto, autonómicos, suspensos en el aire —perdidas las ropas negras en la oscuridad del jardín— y con la expresión de piedad grabada hasta la dureza en los rasgos. Eran como las caras iluminadas en los cuadros de Echave el Viejo, astros enormes y fantásticos.

Salté sobre mis pies sin poder dominarme ya.

—Espere usted —gritó entonces doña Magdalena—; aún falta lo más terrible.

Y luego, dirigiéndose a Amalia:

—Hija mía, continúa; este caballero no puede dejarnos ahora y marcharse sin oírlo todo.

—Y bien —dijo Amalia—: el capitán se fue a Europa. Pasó de noche por París, por la mucha urgencia de llegar a Berlín. Pero todo su anhelo era conocer París. En Alemania tenía que hacer no sé qué estudios en cierta fábrica de cañones... Al día siguiente de llegado, perdió la vista en la explosión de una caldera.

Yo estaba loco. Quise preguntar; ¿qué preguntaría? Quise hablar; ¿qué diría? ¿Qué había sucedido junto a mí? ¿Para qué me habían convidado?

La ventana volvió a cerrarse, y los rostros de las mujeres volvieron a desaparecer. La voz de la hija resonó:

—¡Ay! Entonces, y sólo entonces, fue llevado a París. ¡A París, que había sido todo su anhelo! Figúrese usted que pasó bajo el Arco de la Estrella: pasó ciego bajo el Arco de la Estrella, adivinándolo todo a su alrededor... Pero usted le hablará de París, ¿verdad? Le hablará del París que él no pudo ver. ¡Le hará tanto bien!

(«¡Ah, si no faltara!»... «¡Le hará tanto bien!»)

Y entonces me arrastraron a la sala, llevándome por los brazos como a un inválido. A mis pies se habían enredado las guías vegetales del jardín; había hojas sobre mi cabeza.

—Helo aquí —me dijeron mostrándome un retrato. Era un militar. Llevaba un casco guerrero, una capa blanca, y los galones plateados en las mangas y en las presillas como tres toques de clarín. Sus hermosos ojos, bajo las alas perfectas de las cejas, tenían un imperio singular. Miré a las señoras: las dos sonreían como en el desahogo de la misión cumplida. Contemplé de nuevo el retrato; me vi yo mismo en el espejo; verifiqué la semejanza: yo era como una caricatura de aquel retrato. El retrato tenía una dedicatoria y una firma. La letra era la misma de la esquila anónima recibida por la mañana.

El retrato había caído de mis manos, y las dos señoras me miraban con una cómica piedad. Algo sonó en mis oídos como una araña de cristal que se estrellara contra el suelo.

Y corrí, a través de calles desconocidas. Bailaban los focos delante de mis ojos. Los relojes de los torreones me espiaban, congestionados de luz... ¡Oh, cielos! Cuando alcancé, jadeante, la tabla familiar de mi puerta, nueve sonoras campanadas estremecían la noche.

Sobre mi cabeza había hojas; en mi ojal, una florecilla modesta que yo no corté.

1912.

De cómo Chamisso dialogó con un aparador holandés

CARTERO, malas entrañas,
flor de la bellaquería:
no me trajiste la carta,
que era lo que yo quería.

Así canturreaba yo, olvidado por un momento de mis comensales, mientras bailaban en la dulcera las llamas del ron.

Fui, en la infancia, amigo de dos o tres cómicos de opereta; y como a partir de la adolescencia me he encerrado para siempre en esta casa heredada, las únicas canciones que conozco son las que de ellos aprendí. Por eso viene con frecuencia a mis labios una mala música retozona, ciertas bajas coplas...

Vivo solo. Mi casa, esta enorme casa en que estoy recluido desde hace treinta y cinco años, me protege contra los desperdicios callejeros, me protege de las perspectivas ilimitadas por las que se escapa nuestra alma y nos deja solos. ¡Ay! Nadie como yo detesta las plazas y los campos abiertos. La gelatinosa vida del ser hay que resguardarla con paredes de hierro. Mi puerta no se abre sino para dar acceso a los pocos amigos que me toleran. Gozo del placer infantil de perderme en los innumerables salones, en las galerías inesperadas, en las torres cuyas ventanas miran yo no sé adonde. Vivo, pues, recogido, en el centro matemáti-

co de mí mismo, con una estática voluptuosidad. Estática: ni centrífuga ni centrípeta; el Universo y yo como un círculo dentro de otro, pero sin radiaciones internas, sin clandestinos amores.

Noreñita, con su alma aburrida de covachuelo y su hábito de tratar con jefes caprichosos, se disponía a gustar los postres sin hacer caso de mis canturías. Pero el señor Clavijero (¡oh!, demasiado joven aún, demasiado joven y, en consecuencia, demasiado serio y difícil) se consideraba obligado a seguir la letra de mis coplas con gestecitos de aprobación, mientras sus redundantes ojos me acechaban con ese mirar que equivale a discutir cosas ociosas. Por momentos aquella mirada sin color parecía esconder la potencialidad de una carcajada, o lo simulaba. Inútil fingimiento, por cierto: yo sabía de sobra (mi experiencia de los hombres es admirable), yo sabía de sobra que aquella carcajada no había de reventar sino unos treinta años más tarde, cuando el señor Clavijero tuviera cerca de sesenta y se hallara, por eso mismo, adaptado a la vida lo bastante para permitirse los desahogos más francos de su temperamento. Los jóvenes son incapaces de instalarse cómodamente en ninguna situación de la vida.

Zarabullí,
bullí, cuz, cuz,
de la Vera Cruz...

Mis canciones (yo lo sentía) atravesaban la gasa de llamas que flotaba sobre la dulcera: el margen azul, casi invisible, la sombra cálida del fuego. Y, evaporadas después en una nube de chisporroteos, inundaban el espacio del vasto y penumbroso comedor. Penumbroso, porque así era mi capricho. Pero el señor Clavijero (oh, demasiado joven: insertible aún), el señor Clavijero, que creía que no es tolerable

tener caprichos, no podía disimular su asombro. Su estúpida expectación iba de la lámpara apagada que colgaba sobre la mesa —y que, según él, debería arder— a la vergonzante y semioculta que no ardía, sino soñaba, en el ángulo del salón, y que, según él, debería estar apagada. Aquella noche, para colmo, como sucede siempre en París, la luz eléctrica padecía una titilación exquisita y subterránea.

Era la hora sutil de las confesiones. El señorito Clavijero aseguraba con amarga sonrisa:

—¡Yo padezco encefalitis! ¡Yo padezco encefalitis!

Harto lo sabemos: todos los jóvenes la padecen.

Pero Noreñita (¡oh musa, dame aliento: quiero cantar los amores de un escritorio de cortina y una máquina de escribir!), Noreñita aseguraba que todos sus males provenían de sus dos aficiones:

Primero: escribir a máquina.

Segundo: tocar el piano.

—¡Figúrese usted! —exclamaba desde su imposible cara de chimpancé—. Un pianista, acostumbrado a su doble hilera de notas, ¿qué espantables emociones musicales no experimentará cuando, cerrando los ojos, recorre con los dedos la TRIPLE hilera de la Oliver, las CUATRO hileras de la Underwood, las SEIS O SIETE de la Yost?

Bajo esta observación sugestiva, yo adiviné un mundo monstruoso; y, para librarme a la atracción del misterio, solté a voz en cuello:

Churrimpamplí se casa
con la torera,
y por eso le dicen
Churripamplera.
Y ejito ej tan verdá
como ver un borrico volá
por loj elementoj.
¡Ay, Churripamplí
de mi alma!

¿Dónde te hallaré?

—Y en la ejquina tomando café.

Y en la ejquina tomando café.

Mis canciones me envolvían. En las doradas alas concéntricas de mi canto, naufragaban todos los objetos. Sólo sobrevivían los puntos más iluminados: los cuatro ojos de mis comensales; los vidrios del aparador y la mitad de su luna; un tenedor, una media cuchara, los últimos destellos del ron. Y por un segundo, la curva de un chorro de agua que alguien vertió en una copa.

Perdí los remos. Sumergido en las inspiraciones oscuras de aquella cena, y arrebatado a otro espacio por el ritmo de mis coplillas, apenas recuerdo que bailaban ante mí cuatro ojos llenos de estupor. Y me complací en prolongar aquella postura difícil, seguro de poder destruirla en cualquier instante.

En ese precisamente, mis pies y mis manos gozaron de una sensación tan muelle como si se hundieran en almohadones de pluma. Paréceme que mis coplas, al mismo tiempo, dejaron de hacerse comprensibles; que mi canción se disolvió en gorgoritos y golpes de glotis, en hipos y en zumbidos; que tirolicé locamente y, desviándome de lo musical sancionado, me abandoné a una salva de rumores bucales aun más seductores que una canción, y pude crear un raro ritmo acabado en articulaciones, en erres, en emes y en *jui-juá*.

¡Increíble! ¡Increíble! Yo: el ser concentrado, enemigo de todo lo amorfo o de lo que solicita la fuga; enemigo de los caminos, de las puertas abiertas, de los terrenos en declive; yo, el ser perpendicular sobre la base horizontal de mi vida, me sentí como atraído fuera de mí. Al mismo tiempo (¡horror!) *me entró miedo por la derecha*. Nunca estoy dispuesto a los incómodos movimientos de torsión: no quise volver

la cabeza. Cambié de asiento, y me encontré frente a frente de mi aparador holandés. Las dos tapas del anaquel superior, abriéndose, me parecieron dos enormes cuencas vacías. Sin embargo, observando detenidamente, descubrí en el fondo, con cierto indescriptible consuelo —diminutas ciudades de porcelana—, mis juegos de té.

Un rechinado provocativo, y el cajón central de mi aparador se abrió como un labio que se adelanta. De su interior, en un tintineo de cuchillos y tenedores, brotó una voz:

—¿Chamisso? —me dijo—. ¿Se te puede hablar delante de estos señores?

Lo animé con un gesto.

—¡Ay! —suspiró.

La historia era larga y cansada. Entraba en el pormenor de los parentescos vegetales; se diluía en el consabido romanticismo de la selva y los pájaros; discutía, con conocimiento de causa, la hipótesis goethiana de la planta considerada como alotropía de la hoja; cantaba la estrofa de la savia ascendente y la antistrofa de la descendente, en un imperdonable estilo *pompier*; analizaba el mito de Perséfone a propósito de las estaciones del año; celebraba las adivinaciones de Ovidio y el sentimiento animista de sus *Metamorfosis*; se burlaba de mi maestro de Botánica, y acababa —en *do* de pecho— con la elegía del hacha del leñador.

1913.